

vamente acometiendo las funciones que les son propias, aún con las limitaciones impuestas por el peculiar proceso de cambio de nuestro país. El ejemplo más evidente lo tenemos quizá en el papel que están jugando en la contratación colectiva en la actualidad. Hoy prácticamente los sindicatos son los únicos que negocian los convenios colectivos de ámbito superior a la empresa. Incluso CC. OO., que mantenía una postura ambigua en torno a fórmulas mixtas de negociación —delegados elegidos en asambleas junto a las centrales sindicales—, parece que definitivamente se pronuncia con claridad porque sean las centrales las que negocien fuera de la empresa. Casi con toda seguridad, CC. OO. ha entendido de la dudosa representatividad de asambleas que, en su casi totalidad, son afiliados a centrales sindicales y en las que se eligen delegados que a su vez son miembros de una u otra central sindical. Un ejemplo muy reciente puede ser el del convenio provincial del metal de Madrid.

La importancia de ambos Congresos

Todo lo dicho anteriormente no es obstáculo para que en las fórmulas de trabajo de las centrales sindicales éstas hayan de buscar necesariamente métodos que eviten los peligros de su burocratización, tendiendo a un contacto continuo con las realidades de base dentro de los centros de trabajo —aquí habría que situar la importante batalla por el reconocimiento de las secciones sindicales en el seno de las empresas—, así como la necesidad de que haya una progresiva tendencia a la unidad en la acción entre las diferentes centrales, especialmente en las dos mayoritarias. El cumplimiento de ambos aspectos va a contribuir enormemente a potenciar adecuadamente la lucha de los trabajadores en nuestro país.

Por ello, los Congresos de CC. OO. y UGT se sitúan en un primer plano de actualidad para todo el país. De lo que en ellos se discute, de las resoluciones que se adopten, depende en gran parte, no sólo el futuro sindical, sino también el político y social del país. Las dos centrales mayoritarias tienen la obligación y la responsabilidad de orientar a los trabajadores españoles en sus prácticas sindicales para hacer eficaz su lucha a medio y largo plazo. No deben dejarse caer en verbalismos revolucionarios fáciles. Sus métodos de actuación han de ser los adecuados al momento en que vivimos, aunque algunos las acusan de que abandonan a los trabajadores o incluso los traicionan. Estos han demostrado con su voto que no es así y que nadie se debe de arrogar representatividades que no tienen. Los trabajadores ya han mostrado su acuerdo con las palabras y los hechos de las dos grandes centrales. Y esto ha sido así a pesar de que desgraciadamente también entre algunas fuerzas que se denominan de izquierda tengan que exclamar aquello de "¡contra Franco vivamos mejor!". ■



Ramón Tamames, con la camiseta de la Universidad Autónoma, da la impresión de poseer facultades físicas como para llegar, prolongando este pintoresco maratón, hasta la casa de la villa.

Madrid

EL MARATÓN DE LOS ISIDROS

UN célebre humorista americano —Samuel L. Clemens, más conocido por el seudónimo literario de Mark Twain— escribía a principios de siglo, cuando la fiebre de los records comenzaba a producir víctimas en la sociedad de su tiempo: "Yo no hago más deporte que asistir al entierro de los amigos que los practican". La frase, sarcástica, me pareció una divertida paradoja hasta que el domingo pasado advertí toda la amarga verdad que podía encerrar.

Entre la una y las dos de la tarde del 21 de mayo de 1978, en medio del estruendo de una tormenta primaveral y bajo una lluvia fina y persistente, presencié en el paseo de Coches del Retiro los momentos finales del llamado Maratón Popular, organizado con motivo de las fiestas madrileñas de San Isidro. El espectáculo nada tenía de agradable, placentero o festivo. Centenares de participantes en la carrera, que habían tomado la salida cuatro horas antes, iban llegando a la meta jadeantes, agotados, deshechos; todos venían descajados por el temible esfuerzo, muchos arrastraban materialmente los doloridos pies, algunos sangraban y varios caían desvanecidos antes o después de traspasar la línea de llegada.

Como no había instalaciones y vestuarios donde los participantes pudieran ser atendidos, ducharse, descansar o cambiar simplemente de ropas, los destrozados participantes habían de seguir corriendo para no quedarse helados; tiritar envueltos en abrigos, mantas o jerseys proporcionados por sus amigos o familiares o tomar un taxi —si lo encontraban— para retomar con la máxima rapidez posible a sus hogares para lavarse y reposar. En la meta de llegada y a lo largo de la hora que yo estuve por los alrededores, los altavo-

ces no cesaban de reclamar los servicios de la Cruz Roja y de pedir al numeroso público que abriera paso para que pudieran circular los camilleros que acudían en socorro de quienes se habían esforzado mucho más de lo que sus fuerzas físicas les permitían. Todo, en resumen, tan triste como lamentable.

En la prueba popular y festiva, de la que varios periódicos habían hecho propaganda en los días precedentes, utilizando las declaraciones de algunas figuras políticas que anunciaban su propósito de correr el famoso maratón, participaron hombres y mujeres de todas las edades y condiciones físicas; junto a algunos atletas preparados y conscientes de lo que era la carrera, millares de personas que ni por su edad ni por su contextura física estaban en condiciones de disputar la más dura de las pruebas olímpicas de atletismo. A todos se les permitió la salida, sin un previo y necesario reconocimiento médico; a todos se estimuló y alentó a iniciar y concluir el interminable recorrido, sin pensar en el riesgo que para la salud de muchos implicaba. Ciertamente es que no se pretendía batir ninguna marca nacional o internacional; que la mitad de los corredores se retiraron antes de terminar la prueba y que muchos llegaron con dos o tres horas de retraso sobre los primeros clasificados; cierto también que se habían montado puestos de socorro en distintos puntos del recorrido para auxiliar a los que desfallecieron. Pero nada de esto puede justificar que en una carrera de más de cuarenta y dos kilómetros de recorrido se autorizase —lo que es peor, se indujese— a participar desde chicos de diez o doce años hasta hombres de cincuenta y sesenta, totalmente desentrenados e ignorantes del esfuerzo sobrehumano que significa correr una maratón.

Cerca de ocho mil personas tomaron la salida, lo que constituye un éxito indudable para los parti-

cipantes, aunque menos de cuatro mil llegasen a concluir la prueba. Aparentemente, la carrera, que discurrió por las calles madrileñas, fue el más espectacular de los festejos isidricos de este año y una estupenda propaganda del deporte multitudinario. En realidad, y pese a que no se dirá una sola palabra de los muchos centenares de personas que tendrán sobrados motivos para lamentar haber tomado parte en la misma, será ocasión y motivo para que muchos aborrecen el resto de sus días de las prácticas deportivas, justamente temerosos de que les suceda lo mismo que a los amigos deportistas de Mark Twain. Porque sólo a quienes tienen la cabeza en las nubes se les puede ocurrir que millares y millares de personas participen nada menos que en una prueba de maratón, que únicamente son capaces de correr en nuestro país una veintena de atletas en plena juventud y perfectamente entrenados.

La suerte del primer maratoniano —muerto en las calles de Atenas apenas hubo comunicado a su conciudadanos la victoria sobre los persas— ya es buen indicio de los peligros de correr una distancia similar. En las Olimpiadas modernas vemos que si apenas llegan al centenar los atletas mundiales que se atreven a disputarlas, más de la mitad han de rendirse antes de finalizar. ¿Cómo pretender de pronto que en una ciudad como Madrid, casi carente de lugares de entrenamiento y práctica deportiva, haya de pronto ocho mil personas capaces de disputar la carrera sin graves consecuencias para su salud?

Bien están los festejos populares; pero siempre, claro está, que no impliquen un riesgo para sus participantes. Porque el deporte produce en España muchas más víctimas anuales de lo que generalmente se piensa, y casi siempre por ignorancia y falta de preparación de cuantos en ellos participan. ■ E. GUZMAN.